

pudo resistir. En su virtud, los diversos pueblos de la pequeña confederacion nos enviaron sus emisarios y en el curso del siguiente dia vinieron todos á someterse, ofreciendo bajo solemne juramento no vol-

ver á practicar el rito abominable, con entrega inmediata de sus *meriahs*, en número de treinta y siete.

El jefe que habia dado la señal de la sumision, re-



Indígenas del Khondistan.

cibió el *sari* ó turbante de investidura, signo oficial de un poder reconocido por el Estado y del vínculo feudal que nos lo subordina.

Esta fácil, pero decisiva victoria, me valió un gran prestigio en el país: solo un pueblecillo, Bundari, se

resistió á someterse y mas aun á enviarme sus *meriahs*, que segun mis noticias, eran cinco. Allá me dirigí desde luego; pero la poblacion entera habia huido, dejando una víctima recientemente inmolada y suspendida de los cabellos á un poste. Tan doloroso

espectáculo llevó á su colmo la indignacion de mis bravos, que solo querian perseguir á los fugitivos hasta sus mismos refugios. Pero, por una parte, yo

no sabia en qué direccion guiarlos, y por otra los víveres me faltaban, prescindiendo de la insalubridad del terreno. Fue preciso, despues de haber visto



Jóvenes Khonds educadas por la administracion inglesa.

desvanecerse toda esperanza de negociacion (y eso que yo fuí tan lejos en este deseo, que hasta ofrecí una completa amnistia por todos los crímenes pasados) fue preciso, decia, recurrir á un acto decisivo para impedir, si era posible, que los cuatro *meriahs* restantes fuesen inmolados á su vez. Mandé, bien á pe-

sar mio, incendiar el caserío y destruir ocho postes que habian servido para los sacrificios anteriores (1).

Encuentro en mis notas de aquel tiempo un hecho

(1) El cuchillo del sacrificador y uno de aquellos postes, conservados por mí como reliquias, hacen hoy parte de la coleccion india del Palacio de Cristal.

curioso: cuatro montañeses khonds, enamorados de otras cuatro mujeres *meriahs*, vinieron con ellas á mi campo, prefiriendo abandonar el pais y sus familias, á dejar sus mujeres, mas ó menos legítimas, y los hijos que habian tenido de ellas, en el riesgo de caer bajo el cuchillo de los sacerdotes.

Dos mujeres khonds se escaparon tambien de Bundari, siguiendo á otros dos jóvenes *meriahs*. Ellas pretendian hacer creer que solo el instinto de conservacion las impulsaba; pero un afecto mas tierno debia ser la verdadera causa, sin negar tampoco la otra.

Podria citar aun algunas otras evasiones, mas raras en suma de lo que era de esperar, á causa de la creencia generalmente recibida de que el ser destinado al sacrificio, y nutrido con los alimentos que como á tal se le reservan, no debe procurar de ningun modo sustraerse á su suerte. Esta preocupacion ha arraigado tanto entre estos desdichados fatalistas, que ahoga hasta el instinto de conservacion, hasta las inspiraciones del amor maternal; pero este último renace tan pronto como las circunstancias favorecen: he tenido ocasion de observarlo.

Entre los *meriahs* que yo traje en 1852 del Moota de Ryabiji, habia una familia compuesta de cuatro individuos, la madre y sus tres hijos. Esta mujer, fanatizada completamente, no venia sino á la fuerza á donde se le aseguraba la libertad y la vida: habia considerado largo tiempo, no solo con calma, sino con cierta satisfaccion mezclada de orgullo, la certeza de verse un dia con sus hijos objeto de una inmolation solemne que la recomendaria especialmente al favor de los dioses, colocándose en una esfera superior á la en que se agita el comun de los mortales. Ya en mi campo, sus ilusiones se fueron disipando poco á poco, y tuve la prueba de ello un dia en que vino á mi hecha un mar de lágrimas revelándome un secreto que hasta entonces me habia ocultado: la existencia de un cuarto hijo, niño de seis años que habia quedado entre los sacrificadores. La infeliz criatura estaba ya designada para el sacrificio en honra de Tado Pennor, y esta poderosa divinidad que arregla las cosas de la tierra, habia indicado tambien por infalibles signos que le era grato el holocausto. Hulú Mai, que así se llamaba la madre, insistia con afan para que luego luego, se mandase un destacamento en auxilio de su hijo; pero la estacion estaba muy avanzada y yo hubiera comprometido á los hombres encargados de esta mision, sin contar que era necesario evitar á todo precio un conflicto armado en aquella comarca, donde nuestra influencia moral no estaba aun muy consolidada. En esta atencion solo me era dado hacerle, como lo hice formalmente, la promesa de enviar cuanto antes la próxima expedicion con la esperanza de que aun llegarían á tiempo para evitar el

sacrificio. Mis seguridades no hubieron de tranquilizar á la madre, porque algunos dias despues, el director del asilo de Sooradah, donde esta mujer habia sido acogida, me hizo saber que habia desaparecido, pero sin llevarse á sus hijos. Desde luego me espliqué yo acertadamente el motivo de esta evasion; pero solo tenia buenos deseos que poner al servicio de la fugitiva. Un mes entero pasó sin que pudiéramos obtener ninguna noticia suya; y ya comenzaba á perder las esperanzas de volver á verla, cuando á los cuarenta dias de su fuga se presentó otra vez á mí, trayendo en sus brazos á su pequeñuelo. Supe de su misma boca los pormenores de su peligrosa aventura. La idea de perder á su hijo, decia, le habia quitado el apetito y el sueño. Y andando el tiempo la idea fue temor, y el temor angustia hasta no poder vivir. En tal ansiedad se resolvió á salvarlo á toda costa, y entonces se evadió del Asilo penetrando muy luego en las montañas, no sin dificultades y peligros, estando como están plagadas de tigres y serpientes. La pobre mujer no osaba esponerse á ser vista en el territorio de las tribus amigas, que no hubieran dejado de capturarla para volverla al Asilo; mientras que si hubiera caido en manos de los que aun nos resistian, habria sido infaliblemente restituida á sus antiguos poseedores. De cualquier modo el peligro era igual para la madre. La infeliz se veia en la necesidad de no viajar mas que de noche, y solo Dios sabe lo que es un viaje nocturno en semejante estacion con lluvias diluvianas, atravesando impetuosos torrentes entre el ruido de las tempestades y los ahullidos de las fieras. Pero aquella mujer valerosa en quien los mas nobles instintos de nuestra naturaleza se habian despertado por la primera vez acaso, no se dejó intimidar. Oculta en el fondo de los bosques durante el dia para sustraerse á toda mirada humana, no se ponía en camino hasta que los habitantes de los pueblos estaban sumergidos en el mas profundo sueño, sin tener para alimentarse mas que raíces silvestres, luego que consumió la escasa provision de arroz que pudo tomar del Asilo.

Así llegó al caserío donde anteriormente residia, y tres dias enteros rondó en torno de su recinto, no atreviéndose á entrar mientras estuvieran en él sus habitantes, pero aguardando una oportunidad que la estacion debia proporcionarle, porque sucede con frecuencia que los labriegos salen en masa en la época de las lluvias para ir á cultivar sus arrozales. El suspirado momento llegó: la madre pudo, sin ser vista, penetrar hasta el albergue de su hijo, y tomándolo en sus brazos, emprendió otra vez la fuga con esa fuerza heroica, sobrehumana que presta al valor una resolucion desesperada.

Pocas noches bastaronle para llegar al territorio de nuestras tribus sumisas. Una vez ya allí, nada te-

nia que temer. Refirió lo que habia hecho por liberar á su hijo, y solicitó ser conducida por etapas hasta nuestras avanzadas militares. Obtuvo sin dificultad este servicio, y yo no olvidaré jamás la viva satisfaccion con que acogí á aquella heroica mujer, así como al pequeñuelo que me presentó en sus brazos sano y salvo. Las fatigas, las angustias, las miserias de todas clases la habian estenuado como un esqueleto; y no hay que extrañarlo, porque los hombres mas robustos no hubieran podido resistir esta prueba. Por lo demás, sus sufrimientos habian concluido, porque el gobierno anglo-indio con su generosidad ordinaria tomó bajo su amparo á la madre y á los hijos.

Lo que hay que notar aquí es la completa revolucion de sentimientos que se habia obrado en esta ignorante y pobre mujer. Cuatro meses antes de arriesgar su vida por la de su niño *meriah*, se gloriaba de tenerlo destinado al sacrificio; hé aquí lo que imprime un sello especial y verdaderamente novelesco á este episodio de mis campañas.

El deber me condujo mas de una vez en medio de las tribus, entre quienes prevalece la horrible costumbre de matar las niñas recién nacidas; y bien que se haya supuesto una fábula absurda, es una realidad consiguiente al estado de miseria en que están sumergidos ciertos pueblos. Las madres la aceptan con sorprendente apatía y hablan de ella sin el menor remordimiento. Nuestros maridos lo exigen, dicen por todo descargo, y obedecemos, porque tampoco podrian ellos alimentar tantos hijos.

Por otro lado, cuando preguntaba yo á los varones célibes que por qué no se casaban, se excusaban lindamente con la *carestía de las mujeres*. Procuraba entonces demostrarles que este efecto desaparecería, si criarán á las niñas; pero á pesar de tan irresistible lógica, no creí nunca haberlos convencido, y solo con amenazas ó halagos oportunamente aplicados, pude llegar á disminuir el número de estos tradicionales infanticidios.

Mi última expedicion al pais de los khonds data del mes de noviembre de 1853. Ya anteriormente habia recorrido casi todos estos distritos, y tuve el placer de encontrar por todas partes arraigados los principios que habíamos sembrado. Fuera conviccion, fuera obediencia pasiva, el *meriah* Pujah no tenia ni un campeon. Sin embargo, en algunas localidades los jefes me preguntaban: *¿Cómo nos excusaremos con nuestros dioses?* Y viendo que en esto les dejaba entera libertad, uno de ellos adoptó la fórmula siguiente, que pronunció delante de mí con una sencillez admirable: «No os irriteis ¡oh diosa! si os ofrecemos sangre de animales y no sangre de hombres: Si la quereis aun, descargad vuestra cólera sobre el *gentleman* de Europa mas merecedor de ella que nosotros: á él, no á nosotros, es imputable el crimen.»

Aun he de citar un incidente notable, la fuga de un joven *meriah*, que decia con profunda conviccion que mas queria ser sacrificado entre los suyos, que no vivir en la tierra baja en medio de extranjeros, á cuyos ojos no tenia ninguna importancia. El jefe de Ryabiji, á quien pertenecia, me lo remitió al poco tiempo echándome en cara la falta de haberlo dejado huir. «Pensad, me decia este montañés, uno de los mas bellos é inteligentes salvajes que he conocido; pensad que el *meriah* ha pasado ya por todas las ceremonias para el sacrificio; y su presencia es una tentacion para nosotros. Guardadlo mejor.»

No es cierto, como se ha repetido, que la simple captura de una víctima y su presentacion á un agente del Estado, lo priva de valor expiatorio, profana su sagrado carácter y la pone por consiguiente al abrigo de todo riesgo ulterior. Puedo citar contra esta teoria tres ejemplos concluyentes de *meriahs*, que han sido inmolados despues de haber estado en nuestro poder.

Los estados siguientes completarán esta rápida reseña de los esfuerzos hechos durante el período de diez y siete años (de 1837 á 1854) á fin de acabar con esta abominable reliquia de las antiguas supersticiones de la India.

Durante dicho período hemos salvado:

	Hombres.	Mujeres.	Total.
En el Goomsur. . . . .	401	122	223
En el Boad. . . . .	181	164	345
En el Chinna Kimed. . . . .	313	353	666
En el Jeypor. . . . .	77	116	193
En el Kalahundy. . . . .	43	34	77
En el Patna. . . . .	2	»	2
Total. . . . .	7.7	789	1,506

Durante el mismo período hemos hecho empadronar 1,154 *possiahs* *poes*, que, devueltos á sus propietarios, bajo la garantía de sus respectivos jefes, no corrian peligro de ser sacrificados.

Véase ahora lo que ha sido de los 1,506 *meriahs* de todos sexos y edades, que deben la vida á la influencia británica en el Khondistan:

	Hombres.	Mujeres.	Total.
Devueltos á sus familias ó adoptados en la tierra baja por personas dignas de toda confianza.	194	148	342
Desposadas con los khonds ó con habitantes de la tierra baja.	»	267	267
Admitidos al servicio del Estado ó de particulares.	54	22	75
Muertos despues de redimidos.	69	88	157
Desertores.	63	14	77
Educados por los misioneros en Kuttack, Berhampor y Bala-lora. . . . .	116	84	200
Establecidos como cultivadores en varios pueblos. . . . .	195	111	306
Amparados en el Asilo de Sooradah. . . . .	27	55	82
Total. . . . .	717	789	1,506

En cuanto al infanticidio, la informacion de 1854 prueba que entre 2,149 familias, en cuyo seno apenas se hubieran encontrado cinco ó seis criaturas del sexo femenino en 1848, existian 901 redimidas ciertamente desde entonces.

Vigorosamente continuados, despues de mi salida de la India, nuestros esfuerzos han abolido completamente el bárbaro rito *meriah*. Si como los de los Sutti y los Thug, no existe ya sino en la tradicion ó en la historia, no puedo decir otro tanto respecto al infanticidio, contra el cual no se podrá obrar eficazmente sino por el progreso de las costumbres y de las instituciones administrativas.

Para concluir, debo contestar aquí á una pregunta que se me ha hecho muchas veces, sobre el número aproximado de los sacrificios humanos que podian tener lugar anualmente en el Kondistan. Advierto ante todo que no hay mas que datos hipotéticos. El capitán Macpherson elevaba en 1846 la cifra de las

víctimas anuales á unas 500. Fundábase particularmente en los informes de ciertos *grandes sacrificios* consumados en el Bostar, en que habian perecido de una vez 25 á 27 desgraciados.

Yo creo por mi cuenta y en virtud de mi experiencia personal, que hay aquí una exageracion manifiesta. Pocos distritos khonds se abstienen de tales sacrificios, es verdad; pero los gastos considerables que ocasionaban la compra de las víctimas y las orgias de que cada ceremonia expiatoria iba acompañada, debian por fuerza limitar el número de las inmolaciones. Es muy probable que cada grupo de pueblos (Mootah) celebraba anualmente su sacrificio de expiacion, y circunstancias especiales podian dar lugar á un aumento de carnicería; pero yo no creo engañarme mucho calculando en 150 el número de *meriahs* que cada año se ofrecian en el sacrilego altar de Tado Pennor ó de Manuck-Soro.

E. D. F.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## INDICE.

### VIAJE Á JAVA, por M. DE MOLINS.—1858-1861.

A LA VISTA DE JAVA.—El estrecho de la Sonda.—Las embarcaciones indígenas.—Angers.—Bantam.—Honrust.—Llegada á la rada de Batavia.—BATAVIA.—En la rada de Batavia.—Desembarco.—El gran Canal.—La aduana.—Los coches de alquiler y los trabajadores.—La antigua ciudad de Batavia.—Aspecto de la ciudad nueva.—Fonda de las Indias.—Primera noche en tierra.—BATAVIA (continuacion).—Primera noche en tierra.—El baño.—Paseo por Batavia.—El día en la India.—La ciudad chinesca.—Mercaderes ambulantes.—Paseo nocturno.—Casa de alquiler.—Las casas europeas.—Los arrozales.—El Syri.—Habitación ma'aya en los alrededores de Batavia.—Las Arecas.—El Kampong Jiruk-Manis.—SURABAYA.—La rada.—El gran canal.—La ciudad europea.—Los cacatoes y los pájaros de las Molucas.—El barrio chino.—Los cocineros ambulantes.—El mercado cubierto (Bazar Glap).—El barrio javanés.—El cementerio javanés.—SURABAYA.—Los presidiarios.—Visita del gobernador general á Surabaya.—La fiesta ecuestre.—Los príncipes javaneses.—Los caballos.—Los urangutanes.—El cacatoo agradecido.—El amok.—Los asesinos de niñas.—La ejecucion.—El Kahli-Mas.—BOGOR.—De Batavia á Bogor.—Sucesos de viaje.—Bogor (Buitenzorg Quita pesares).—La villa d'Amore.—El jardín botánico.—Los alrededores.—El puente de bambú.—Bogor (Buitenzorg).—Ascension al Salak.—Los jungles.—El multiplicante.—El gamelhang.—Los toppengs.—El Toekan-Thialong.—El temblor de tierra.—La cerbatana.—La caza y las luchas de animales.—Historia del mono y de la serpiente.—Nueva excursion al interior.—Los prehangans.—Los monos.—El tandoc.—Visita al doctor Ploem.—El beo.—Los rasamalah.—Los venenos.—Salida de Java. . . . . 4

### VIAJE DE CONSTANTINOPLA Á EFESO, por EL INTERIOR DEL ASIA MENOR, BITINIA, FRIGIA, LIDIA Y JONIA, por el conde A. DE MOUSTIER.—1862.

Grandezas pasadas del Asia Menor.—Interés que todavía ofrece á los viajeros.—Firman.—Salida de Constantinopla.—El Golfo de Izmid.—Calcedonia.—Nicomedia.—Sabadja.—El lago de Sabandja.—El puente de Sophon.—Ada-Bazar.—El río Sangarius.—Kemer-Kuprú.—Ak-Serai.—Una comida turca.—Danzas á la luz de las antorchas.—De Ak-Serai á Nicea.—Mausoleo de Badji-Keui.—Nicea.—El concilio.—Las cruzadas.—Situacion actual.—De Nicea á Yeni-Schcher.—De Nicea á Bursa por Yeni-Schcher.—Historia de Bursa.—Monumentos.—Agricultura é industria.—Subida al Monte Olimpo.—Lago de Apolonia.—Ulubad.—El Rhyndaco.—Kirmasli.—Cassaba.—Atis y Adrastos.—La oracion de la noche en Balukui.—Valle de Rhyndaco cerca de Adriani.—Los Yurukes.—Konak de Harmandjik.—Sepulcros frigios.—Tauchanly.—Llegada á Aizani.—Ruinas de Aizani.—Campesinos de Anatolia.—Los montes Dindimenes y el Temno.—Ghediz.—Ouschak.—La industria de los tapices.—Takmak.—Kula.—Frigia combusta-Zeibekes.—El río Hermo.—Salikli.—La Lidia.—Ruinas de Sardis.—Creso y Solon.—Ciro.—Mas recuerdos históricos.—El Pactolo.—Sepulcros de los reyes de Lidia.—Cassaba.—Bajo relieve de Sesostris.—Los zeibekes merodeadores.—Nimphi.—Viaje nocturno.—Llegada á Esmirna.—Esmirna.—Perspectiva.—La ciudad antigua.—Sepulcro de Tántalo.—Ruinas del Monte Pago.—Ferro-carriles de Turquía.—Aya.—Slouck.—Ruinas de Efeso. . . . . 63

### MADAGASCAR Á VISTA DE PÁJARO, por M. DESIRE CHARNAY.—1862.

Madagascar.—Tamatava.—Ovas y malgachos.—Ojeada retrospectiva.—Ramar y Rasolo.—Julieta Fiche.—Paseo por la ciudad.—Los *marmitas*.—Casa malgacha.—El *tacon*.—Bahía de Ivondú.—La orilla del mar.—Tempestad.—Los bosques.—Llegada á casa de Mr. Laborde.—Un almuerzo malgacho.—La viuda.—Aspecto del país.—Los bailes.—Ivondrú.—Fernando Fiche.—Betzimisarakos y Betanimenos.—Los lagos.—Ambavarano.—El Kabar.—Hospitalidad malgacha.—Jóvenes malgachos.—Lago de Nossi-Be.—Nossi-Malaza.—El jefe del pueblo y su familia.—Interior malgacho.—Costumbres.—Costumbres y organizacion malgachos.—El cementerio.—Partida.—Bendicion de la abuela.—La alcancia del gigante de Aralif.—Soamandrakisai.—Fernando Fiche y los ovas.—La cena.—Una noche en la habitacion.—Los esclavos.—Coronacion de la reina en Tamatava.—Andrian Mandruso.—Los ataymurus.—Los cymeriros.—Raharia.—Los ovas.—Código de leyes.—Organizacion en Tanariva.—Organizacion de las proyincias.—Partida para Santa María.—Santa María.—La colonia.—El cabo de Hambre.—Nossi-Mitsiú.—Nossi-Be.—Elsvilla.—Pasan-daba.—Bavatubé.—Mr. Darvov.—Bombetok.—Moheli.—Rumanateka.—La reina de Moheli.—Vuelta á la Reunion. . . . . 111

### RELACION DEL VIAJE DE SHANG-HAI Á MOSCOU, por PEKIN, LA MONGOLIA Y LA RUSIA ASIÁTICA, redactada en presencia de las notas de Mr. de Bourboulon, ministro de Francia en China, y de Mad. de Bourboulon, por Mr. A. POUSSIEGUE.

SHANG-HAI.—El Mar Amarillo.—El Río Azul.—Descripcion de Shang-Hai.—Los rebeldes tai-pings.—Asesinato de un misionero jesuita.—Sitio y defensa de la ciudad.—Los refugiados chinos.—Hambre.—El ejército rebelde se retira.—Excursion á las inmediaciones.—Pormenores de la vida de los europeos en Shang-Hai.—El campo de las corridas.—Recepciones.—DE SHANG-HAI Á TIEN-TSING.—Tratado de la paz celebrada en Pekin el 23 de octubre de 1860.—